



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El pueblazo argentino

Autor: Sicilia, Luis

Forma sugerida de citar: Sicilia, L. (1987). El pueblazo argentino. *Cuadernos Americanos*, 5(5), 126-134.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 5, (septiembre-octubre de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL PUEBLAZO ARGENTINO*

Por *Luis SICILIA*
PERIODISTA ARGENTINO

EL CORONEL Yago De Grazia, jefe de la Casa Militar de la Presidencia, quedó paralizado. No entendía nada... y lo entendía todo. Eran las tres de la mañana del sábado 18 de abril y Alfonsín, en calzoncillos, sentado en el borde de la cama instalada a pocos metros de su despacho en la Casa Rosada, había interrumpido su sueño para reclamar información sobre el armamento existente en el lugar.

"Parque de municiones" es una expresión castrense caída en desuso, pero el coronel De Grazia sabía lo que el Presidente quería. En primer lugar comprobó que debía conseguir más pertrechos y armamento y se lo pidió a la Gendarmería Nacional, que satisfizo de inmediato la solicitud. Luego organizó un simulacro de ataque a la Casa de Gobierno, que incluyó la protección del Presidente hasta sus últimas consecuencias.

De Grazia sabía, también, que ese hombre fatigado, con profundas ojeras, que se rascaba la cabeza dispuesto a resistir, no se encontraba solo, que la pueblada estaba en marcha y cientos de miles de argentinos habían ganado las calles del país dispuestos a secundarlo. Una vez más, Raúl Alfonsín era el eje, la pieza clave, el referente obligado de una situación extremadamente crítica, desatada cuarenta y ocho horas antes por un grupo de oficiales contra la Constitución Nacional y las instituciones democráticas.

El coronel De Grazia sabía asimismo que ese mismo sábado el jefe de los rebeldes, teniente coronel Aldo Rico, visitaría el Edificio Libertador para discutir con el general Héctor Ríos Ereñú, titular del Estado Mayor General del arma, las "condiciones" de una posible negociación, que se presentaba extremadamente difícil. La cuerda se había estirado al máximo, las tensiones estaban al rojo vivo y la gente se proponía avanzar sobre los cuarteles, en-

* *El Periodista de Buenos Aires*, año 3, núm. 137, 24 al 30 de abril de 1987.

fervorizada, blandiendo como estandarte la figura de ese hombre que a las tres de la mañana del sábado 18 de abril pedía que le informaran sobre "el parque de municiones".

Las carpetas

EL gobierno conocía la amenaza larvada de un alzamiento en el Ejército. Desde principio de mes Alfonsín manejaba carpetas con informes de los servicios de Inteligencia, en especial del de la Fuerza Aérea y la SIDE, y evaluaciones de oficiales retirados o en actividad no comprometidos con la sublevación en ciernes. Al teniente coronel Aldo Rico se lo tenía en la mira. Al frente de un regimiento en San Javier, Misiones, el "comando malvinero" vociferaba su intención de "proceder militarmente".

Una de las carpetas en poder del Presidente se titulaba "Córdoba/cuadro de situación". Allí, entre otras muchas cosas se decía que en varias unidades del III Cuerpo de Ejército se habían realizado reuniones plenarias de capitanes, tenientes coroneles y coroneles, en su mayoría de activa participación en la represión y con causas pendientes ante la justicia.

En uno de esos encuentros, realizado el 10 de abril, habían estado presentes el mayor Guillermo Barreiro y un enviado especial de Rico. Después de un intenso debate donde se barajaron "opciones tácticas" para alcanzar "la victoria estratégica" (esto es, el descabezamiento de la cúpula del Ejército y una solución política al tema de los juicios, incluida la amnistía) se impuso el criterio de los "comandos" de Rico: tomar unidades, desplegar armamento pesado, expresar acatamiento a la Constitución pero no ceder hasta alcanzar "la victoria final".

"Pasemos de las palabras a los hechos", dijo Barreiro. "Yo ya le dije al general Pérez Dorrego que el 15 no me presento a declarar ante la Cámara Federal. Los que estén de acuerdo que me sigan". El miércoles 15 Barreiro tomó el Regimiento XIV de Infantería en La Calera, Córdoba, y el jueves 16 el teniente coronel Rico, acompañado de un grupo de oficiales de su unidad, se trasladó a Buenos Aires y ocupó la Escuela de Infantería con asiento en Campo Mayo. Barreiro huyó el viernes 17, pero Rico pasó a ser la metástasis del complot. El operativo que algún oficial nacionalista fanático llamó "Soldados de Cristo Rey" estaba en marcha.

A medida que transcurrían las horas y teniendo como telón de fondo las multitudes en la calle, la convergencia casi sin excep-

ción de los partidos políticos y los sindicatos, nuevos sediciosos se sumaban a los comandos de Rico: veinte capitanes de la Escuela Superior de Guerra, quince oficiales retirados, la Compañía de Comandos de Campo de Mayo (unos 150 hombres) y varios oficiales en actividad de la Armada llegados de Puerto Belgrano, el Batallón de Aviación del Ejército, diez regimientos pertenecientes al Cuerpo V (Bahía Blanca), junto con la casi totalidad de unidades de los cuerpos III y IV, mandaron mensajes de adhesión a los rebeldes de Campo de Mayo.

Ríos Ereñú le pide al general Alfredo Alais, comandante del II Cuerpo, que mueva tropas del interior del país. El cuñado de Suárez Mason le dice que podría traer efectivos de Misiones, Formosa, Corrientes y de la Brigada de Caballería de Paraná, y que de hecho lo está haciendo cumpliendo las directivas del Presidente, pero que la oficialidad "está con Rico". Frente a la insistencia del EMGE Alais responde: "No me dan bola". Otro general, Naldo Dasso, director de Institutos Militares, dice que también se encuentra "con las manos atadas" por la oficialidad.

El jueves ya funcionaba en el Estado Mayor General del Ejército —concretamente en varios pisos del Edificio Libertad— una especie de comando paralelo de los rebeldes, integrado por numerosos coroneles y tenientes coroneles. Un testigo privilegiado contó a *El Periodista* que "a partir de la entrevista de Ríos Ereñú con Rico se pudrió todo; esto es la anarquía. El jefe (por Ríos Ereñú) quedó perdido como turco en la neblina".

La soberbia armada

LA visita de Rico al Edificio Libertador tuvo lugar en la tarde del sábado 18. El oficial sedicioso llegó acompañado del también teniente coronel Jorge Venturino, su mano derecha. La misma fuente contó lo ocurrido: "Fue penoso, Rico llegó y lo levantaron en andas, lo ovacionaron. A Ríos Ereñú lo verdugueó sin piedad. Le dijo que ya no mandaba a nadie, que la cúpula del Ejército se tenía que ir, que había que nombrar a un general joven para que el generalato se retirara del arma".

Según la fuente, el sedicioso fue terminante: "Queremos una amnistía, o pasos que conduzcan a ella, queremos que se vayan los generales comprometidos con la peste alfonsinista. No confiamos en ustedes, en realidad no confiamos en nadie. Son unos burócratas desprocesados. Nos quieren usar de cabeza de turco". "Pero ustedes se equivocan —respondió el titular del EMGE—, ya está

todo resuelto, el Presidente se comprometió ante mí para que lo antes posible". "No le creo, señor —gritó Rico—, no creo en nada de eso. Que el Presidente me lo diga en la cara".

Ríos Ereñú se cruzó al edificio de la cartera de Defensa —que está ubicado frente al del EMGE— y le contó lo ocurrido a Jaunarena. Mientras hablaba se cortó la luz. "Están en todas partes", bromeó Ríos Ereñú. A Jaunarena no le gustó el chiste. Minutos después, mientras el ministro de Defensa se corría hasta la Casa Rosada para informar al Presidente, Ríos Ereñú se trasladó al Colegio Militar para conversar con el general Naldo Dasso. "Esto se pone feo, Naldo", le dijo. "¿Cómo está tu gente?", "—Aquí hay mucho malestar entre la oficialidad joven del Instituto".

Alfonsín lo escuchó a Jaunarena y le pidió que se entrevistara con el brigadier Ernesto Horacio Crespo, jefe del Estado Mayor General de la Fuerza Aérea. "Andá al Condor, por favor, y preguntá a Crespo qué pasó en la entrevista de Juliá con Rico".

El brigadier José Antonio Juliá, segundo de Crespo, le contó al ministro que Rico le había dicho que no creía en los intermediarios. "Usted lo sabe ministro, ya hizo ese tipo de gestiones". "Pero ¿qué dice Rico de la solución que se está buscando?", interrogó Jaunarena. "Nada, no cree, dice que sólo lo creará de la boca del Presidente de la República". "¿Y si yo hablo con ellos?", preguntó Jaunarena. "Vaya, vaya, pero no creo que pase nada. Todo esto tiene muy mal olor".

Jaunarena salió para Campo de Mayo y regresó a la Casa Rosada con un escrito donde los rebeldes reiteraban su pedido: solución política al tema de los juicios, no sancionar a los militares alzados, incluido el mayor Barreiro, y elección de una nueva cúpula en el Ejército. "Hasta aportan nombres para eso —le dijo Jaunarena al Presidente—, los generales Vidal, Cáceres, Ahuel, Svenciones y Tito".

Un extraño visitante

EN realidad algunos de esos "generales" todavía son coroneles, pero a punto de ascender. Tal es el caso de los coroneles Isidoro Cáceres y Augusto Ahuel, este último titular de la IX Brigada de Infantería con asiento en Río Gallegos.

Mientras Alfonsín repasaba este cuadro de situación le seguían llegando "datos de la realidad". Por un lado, "hasta el loro está saliendo a la calle, Raúl, esto es fenomenal, jamás visto. Mucho más que el tercer movimiento histórico. La gente está demostrando

que el pueblo, unido, jamás será vencido", informaba uno de los hombres más cercanos al Presidente, dándole entonación a la consigna. Pero Alfonsín tenía en sus manos nuevos informes. En el Regimiento III de Infantería de La Tablada, un grupo de mayores se había hecho cargo del mismo echando poco menos que a empujones a su comandante, Fernández Maguer. Horas antes, este último había dialogado con unos cien civiles en la puerta de la unidad militar asegurándoles que ese regimiento estaba con la democracia.

"Por favor, váyanse de aquí —dijo a la multitud otro oficial, que tenía mejor información. No queremos que haya otra masacre de Ezeiza". La situación en el Regimiento VII de La Plata era igualmente peligrosa. Mientras la gente se concentraba en sus inmediaciones, los sediciosos arrestaban al jefe de la unidad, teniente coronel Juan Carlos Sacco, que se oponía al levantamiento. El jefe y el subjefe del Regimiento VIII de Tanques de Magdalena, dependiente de la Brigada I de Caballería con asiento en Tandil, también habían sido relevados del mando. Casi simultáneamente, el comandante de la X Brigada de Infantería, general Horacio Lategana, pedía su pase a retiro. "Ya no tengo respaldo de las unidades para reprimir a nadie, general", informó Lategana a Ríos Ereñú. En Zárate, en la estancia Copiapó, las unidades de artillería del Grupo 121, con asiento en La Paz (Entre Ríos) de gran poder de fuego, prestaban "adhesión moral" a los sublevados de Campo de Mayo.

El gobierno sabía que el 15 era una fecha "tope" para el mal-estar militar. Si Barreiro se presentaba a declarar ante la Cámara Federal se imponía la justicia. De otro modo, el operativo "Comandos de Cristo Rey" se ponía en marcha. Los "servicios" fieles al gobierno tenían conocimiento de lo que pensaban Barreiro, Rico y otros oficiales, algunos de los cuales quedaron agazapados en las filas de las tres armas. El 9 de abril el dirigente sindical Jorge Triaca, que contaba con excelente información de origen castrense, le había dicho al Presidente que la situación reclamaba un "alerta rojo". Triaca, al igual que Armando Cavalieri, Lorenzo Miguel y el propio Carlos Alderete, contaba además con buena información de la embajada de Estados Unidos. Fueron muchos los dirigentes sindicales y políticos del peronismo que en esos días mantuvieron largas pláticas con el embajador de Washington, Theodore Gildred.

"La posición de los Estados Unidos en ese asunto de la conspiración militar que se avecina es muy clara —habría dicho el embajador a sus interlocutores—, estaremos firmes al lado del pre-

sidente Alfonsín y la democracia, pero es hora de que el gobierno entienda que no se puede seguir estirando la cuerda militar. Hay que encontrar una solución política al tema de los juicios". De hecho, el diplomático norteamericano decía las palabras que luego repetirían los oficiales sublevados.

El viernes 10 llegó a Buenos Aires un funcionario del Departamento de Estado, Donald Harrington, quien rápidamente —sin pasar por la embajada— fue llevado al despacho de Alfonsín. La entrevista tuvo un inicio para nada diplomático cuando Alfonsín paró en seco al enviado de Reagan, cuando éste trató de poner sobre la mesa el tema del voto argentino en Ginebra que desbarató la propuesta norteamericana de investigar la supuesta violación de los derechos humanos en Cuba. Parece que el Presidente dejó al visitante con la media palabra en la boca. "No voy a hablar de eso", le dijo.

El segundo tema fue menos conflictivo. En realidad Harrington le habría expuesto a Alfonsín la "preocupación" del Departamento de Estado por "las versiones, muy serias y fundamentadas, de que en los próximos días, posiblemente después que se vaya el Papa, nutridos grupos de oficiales jóvenes se alcen contra su investidura". Seguramente Alfonsín debe haber mirado de reojo la pila de carpetas sobre su escritorio, pero le agradeció al visitante la información. La parte irritante del asunto vino cuando Harrington, al igual que Gildred con los sindicalistas, sugirió al Presidente que sería "lógico" buscar una salida política al tema de los juicios militares.

Una cena clave

SE mismo día, el viernes 10, con la edición en la calle, un hombre de *El Periodista* participó de una cena con varios civiles y dos coroneles recién retirados, de origen nacionalista pero opuestos a toda alternativa golpista. Con todo, lo que estos jefes militares tiraron sobre la mesa —entre las 9 de la noche y las 3 de la mañana— dejó en el aire como una sensación de peligro inminente. Se reproduce a continuación, confiando a la memoria el sentido conceptual de la charla, una síntesis de la entrevista.

Oficial 1: El malestar en el Ejército ya es imparable. El Presidente tiene que ser defendido por la sociedad. Y esta vez no se trata de un golpe de Estado al estilo clásico; es algo más complicado.

El Periodista: ¿Qué quiere decir? Si no hay golpe es porque los conspiradores saben que no tienen *plafond* de ningún tipo, ni en el país ni en el exterior.

Oficial II: Se equivoca, no se trata de buscar *plafond*. En el Ejército hay un gran resentimiento, que puede salir disparado hacia cualquier parte. En los próximos días pueden ocurrir cosas muy graves.

El Periodista: Esas amenazas se vienen sucediendo desde el 10 de diciembre de 1983.

Oficial I: Precisamente, hay una conspiración en marcha desde hace mucho tiempo. Yo no conozco los detalles, pero algún loquito suelto está pensando en volver a joder al Ejército, con una canallada espectacular.

El Periodista: Pero no tienen espacio. El pueblo saldrá a la calle. Ni siquiera Estados Unidos respaldará semejante disparate.

Oficial I: A Estados Unidos lo único que le interesa es que detrás del loquito no aparezca un salvador de la patria, un mesiánico ligado al peronismo de derecha, que aspire a convertirse en un Kadafi argentino.

El Periodista: ¿Y usted no cree que la reglamentación clara y contundente del tema de la obediencia debida podría calmarlos?

Oficial II: Ya es un poco tarde. No van a parar hasta lograr la amnistía para los generales encarcelados.

Otras fuentes coincidieron en que a la embajada de los Estados Unidos, que siguió con tanta atención el problema de los rebeldes de Campo de Mayo, le preocupó desde un primer momento el llamado "componente incontrolable" de la reacción popular. En un informe elevado al embajador se habla de "los peligros que entraña la presencia de cientos de miles de personas en la calle, enardecidas, profundamente enfrentadas a un sector de las Fuerzas Armadas que se alzó contra la Constitución".

Además del miedo natural del *establishment* a la movilización multitudinaria, se sumaba —para la embajada de Estados Unidos— otro "componente" difícil de controlar. La "desestabilización" psicológica del jefe "legal" de los sublevados, el coronel Rico, un hombre profundamente conocido por las Fuerzas Armadas norteamericanas, al que se le atribuyen "visiones mesiánicas, de gran líder nacionalista llamado a salvar a los argentinos de la peste marxista", a la que considera, incluso, alojada en el gobierno radical.

Si el gobierno pierde el control de los hechos —se dice en el informe que obra en poder de la embajada— y la gente se convierte

en una pueblada sin control, estará a merced de los cuadros de la izquierda, que de esta manera la arrastrará a tomar por asalto los cuarteles y otras unidades militares.

Este miedo se agudizó el domingo a las 10 de la mañana, cuando Saúl Ubaldini anunció que, de no rendirse los sublevados de Campo de Mayo, la CGT dispondría un paro general de actividades hasta lograr ese objetivo. Cuando Rico se enteró de esa decisión se enfureció. Las fuentes aseguran que "alguien" de la embajada de Estados Unidos lo llamó para decirle: "Ahora, la cosa se complica para todos, cuidado con esto de fábricas ocupadas, obreros en la calle, ojo a la pueblada".

No en balde *La Nación* del lunes 20, en nota de tapa, comenta la preocupación de Ríos Ereñú cuando escuchó por radio, el domingo a las 15, que Alfonsín iría a conversar con los rebeldes para pedirles la rendición. Según el matutino, el jefe del EMGE le habló al general Naldo Dasso y le dijo que "Campo de Mayo reaccionaba y respondía al Presidente o, de lo contrario, se correría el riesgo de una pueblada de consecuencias devastadoras, en primer lugar para el Ejército, y naturalmente para el país".

"Gentes de toda condición se habían lanzado, después que el Presidente dejó por primera vez los balcones de la Casa Rosada, a la vera de todos los accesos a la guarnición. La Argentina política había quedado peligrosamente colocada a punto de enfrentarse con un fenómeno inédito", agrega el diario de los Mitre.

El domingo 19 a las dos de la tarde los colaboradores más cercanos de Alfonsín, algunos con lágrimas en los ojos, le dijeron que la situación era "desesperante". Las usinas de versiones funcionaban a destajo: ganaron los rebeldes, la sublevación se extiende a las tres armas, Alfonsín renuncia y asume Víctor Martínez, el Presidente anuncia la amnistía, Videla y Massera salen en libertad.

Sin embargo, ese hombre agobiado por setenta y dos horas de conspiración pero enloquecido de alegría por setenta y dos horas de multitudinaria movilización popular, sacó una carta de la galera. "Me voy a Campo de Mayo, a pedirles la rendición". El brigadier Crespo le respondió sin titubear: "Lo acompaño, Presidente"

El resto se conoce en detalle. Se sabe incluso que las nubes en el horizonte eran tan negras que el brigadier Teodoro Waldner, jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, sugirió que el encuentro con Rico no se efectuara en Campo de Mayo sino en Institutos Militares.

La multitud transformó la sombra de la muerte en un canto a la vida. La democracia quedó en pie, sometida a fuertes presiones. Rodeada de interrogantes, pero en pie. Esta vez, la soberbia de los golpistas se estrelló contra la pueblada.